

31 DE JULIO DÍA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA*

Textos litúrgicos: Dt 30, 11-14
Flp 3, 8-14
Mt 16, 13-21

El Señor nos brinda este año la oportunidad de celebrar la festividad de San Ignacio en el corazón de estas jornadas de trabajo, en las que estamos buscando cómo servir hoy mejor "solamente al Señor y su esposa la Iglesia, —esta Iglesia particularmente activa en este joven continente—, bajo el Romano Pontífice"¹. Con pocas cosas podremos honrar mejor la memoria de nuestro Santo Padre en este 1979 y mostrarle mejor el aprecio y la confianza que le tenemos los que Dios ha querido que seamos "imitadores" que le siguen en este camino², que con el trabajo de estos días.

Porque con él nos sumamos, desde nuestra pequeñez, al esfuerzo de Ignacio y de los primeros jesuitas por hacer y reengendrar cada día esta Compañía de Jesús, que el Señor "con su providencia benignísima gobierna y hace cada día crecer"³. Es muy importante que reavivemos la conciencia de que nuestro trabajo no sirve sólo a una cuantas Provincias. Es un ejercicio de esa responsabilidad, que exige que los Provincia-

les "sean tenidos delante de Dios Nuestro Señor de mirar y hacer lo que deben al bien universal de la Compañía"⁴ y es una forma muy realista y muy válida de mostrar y hacer realidad nuestro amor a esta Compañía de Jesús concreta, la que hoy existe para Dios y para su Iglesia, la que lucha, sufre, trabaja, experimenta, se equivoca, sirve, muere... en este turbulento escenario humano, que nos azota con su dolor, sus ambiciones, su hambre, sus dudas, sus búsquedas, su nueva sensibilidad para los problemas humanos, su generosidad a veces...

A San Ignacio le gustaba "situarse" para todo, para orar, para pensar, para discernir... Pues bien, desde esta nuestra concreta "situación", que conocemos y analizamos podemos preguntarnos: ¿no podrá San Ignacio enseñarnos cómo hemos de vivir y amar hoy esta Compañía? ¿Cómo vivía y amaba él la que vio surgir de entre sus manos y a su alrededor? ¿Cómo se sentía él jesuita? ¿Qué significó para él pertenecer a la Compañía de Jesús, y cómo lo vivió?

1. Aunque pudiera resultar sorprendente, es necesaria una primera respuesta muy fundamental: —San Ignacio no vive la Compañía como una obra suya, personal, de su propiedad, de la que tiene "derechos reservados", como si fuera una crea-

ción proyectiva de su propia persona, algo que ha necesitado realizar para "realizarse"...

San Ignacio siente la Compañía como obra de Otro, del Señor. Como una misión, una tarea, de cuya importancia y de cuya dificultad es muy consciente. A San Ignacio le entusiasma la Compañía, que intuye y espera durante muchos años, pero le asusta la Compañía y quiere que no se disimule a nadie, que pretenda entrar en ella, que se trata de una empresa ardua⁵, de algo que últimamente necesita ser realizado no por mano de hombre, aunque sí con toda la colaboración posible de hombres movilizados por una gran esperanza en la "suma sapienza y bondad... que ha de conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús como se dignó comenzarla"⁶.

* Homilía del General de la Compañía de Jesús pronunciada en Lima, el 31 de Julio, día de San Ignacio de Loyola.

¹ Formula Instituti 3

² Formula Instituti 6

³ Carta a Enrique de la Cueva, 22 de mayo 1554

⁴ Const. 778

⁵ Formula Instituti 4

⁶ Const. 134

No sólo mientras camina hacia ella, sino igualmente después de que la Compañía es ya una realidad constituida, permanentemente la vivirá con conciencia de que va "llevado", de que es "usado", por el Señor para ella. Esta convicción fundamental parece que debería debilitar su entrega, pero, al revés, la hace más comprometida, más responsable, más audaz (como quien tiene experimentado que "es menester en él sólo poner la esperanza",⁷), y hasta le hace más libre (toda la melancolía que podrá tener en su vida le vendrá "si el Papa deshiciera la Compañía del todo y aun así con esto yo pienso que si un cuarto de hora me recogiese en oración quedaría tan alegre y más que antes"⁸) y lo hace, por supuesto, más constante y tenaz en las tribulaciones y problemas a través de las cuales ha de ir abriéndose camino esta historia.

Porque de historia se trata. La Compañía no es un objeto inerte, sino una vida que se transmite y que se abre por sí misma camino. Algo que hay que ir haciendo todos los días y que se va entendiendo en la medida en que se va haciendo. San Ignacio murió haciendo y entendiendo cada vez más la Compañía. Es una historia, en fin, dentro de la historia del hacer de Dios con los hombres, una parte de ese hacer.

2. Todo debió empezar muy temprano. Probablemente en Manresa, junto al Cardener⁹. Discrepan los especialistas. Lo que sí es cierto es que, aunque aquella gracia, que había de tomar forma definitiva en la Bula de Pablo III el 27 de setiembre de 1540 había madurado ya en 1522, o aun antes, lo había hecho más en forma de un deseo confuso, que de un proyecto ultimado. Un indicio de esto es que, sobre la época de Salamanca el P. González de Cámara asegura en la Autobiografía que "como... a él no le faltasen los mismos deseos que tenían de aprovechar a las ánimas y para el efecto estudiar primero y a juntar algunos del mismo propósito y conservar los que tenía"¹⁰. Nadal asegura de la etapa siguiente en París "que era llevado suavemente a donde él no sabía, ni pensaba entonces en la fundación de un orden"¹¹.

En todo caso lo verdaderamente decisivo es que, desde muy al principio, vive irresistiblemente un "propósito" (hoy diríamos una "opción") suficientemente luminoso como para arrastrarle, pero también suficientemente impreciso como para obligarle a tantear, experimentar, discernir, conferir, cómo hacerlo concreto, darle cuerpo y forma humanas en la historia viva. Esto sería tarea de años.

Otro dato también decisivo es que este "propósito" se presenta desde el principio como algo irresistiblemente contagioso, que necesita ser comunicado y que pronto empieza a ser compartido y a catalizar insensiblemente en torno a sí un grupo de hombres, una serie de existencias humanas, que en un momento determinado ya no pueden romper entre sí, ni siquiera para vivir ese propósito dispersos, abandonados cada uno a su propia suerte, porque ese propósito les ha cohesionado también entre sí tan fuertemente como personas, que ya se necesitan y se pertenecen mutuamente. No sólo han entregado su existencia a esa opción primera sino que han desarrollado, y ahora lo descubren, una fuerte reciprocidad personal en esta entrega. El "propósito", —que es la causa de Jesús como la propone Ignacio—, ha creado la comunidad de Jesús, y ambas cosas son ya una única realidad indivisible.

3. Lo más nuevo y original de este momento, para el cual y hasta el cual el protagonismo de Ignacio ha sido necesario (no ciertamente un protagonismo autónomo, sino el de quien actúa consciente de que es "suavemente llevado"), es la toma de conciencia colectiva de la nueva identidad surgida en ellos por obra del Espíritu. Ignacio, como uno más del grupo, delibera sobre cómo dar expresión a ésta ya larga experiencia vivida en comunión durante varios años. Tantea con los demás y, como los demás, trata de leer la voluntad del Señor en la experiencia que les ha llevado hasta aquí y hasta ahora, y de esta lectura surge entre ellos la primera gran unanimidad. (Al historiador de aquel crucial momento le interesa resaltar la enorme diversidad racial, cultural, temperamental y has-

ta religiosa, de los componentes del grupo que delibera):

"Definimos, finalmente, —según consta en las Actas de aquella deliberación—, la parte afirmativa: es a saber, que habiéndose dignado el Clementísimo y Piadosísimo Dios de unirnos y congregarnos recíprocamente, aunque somos tan flacos y nacidos en tan diversas regiones y costumbres, no debíamos deshacer la unión y congregación que Dios había hecho, sino antes confirmarla y establecerla más, reduciéndonos a un cuerpo, teniendo cuidado unos de otros y mantenimiento inteligencia para el mayor fruto de las almas"¹².

4. Una primera observación, que a uno se le ocurre hacer, es la de que, efectivamente, "propósito" y grupo humano, opción y comunidad, misión y cuerpo, se han fundido definitivamente. Se podrá discutir especulativamente e históricamente qué es lo primero, si la misión o el cuerpo, pero no se podrán sacar conclusiones desintegradoras, como si los componentes de aquel grupo se debieran a la misión y no al cuerpo, o como si pudieran deducir de ello consecuencias de automisión al margen del cuerpo. Porque si es verdad que éste no tiene sentido sin la misión, también lo que ésta deja de ser tal, "una misma intención y voluntad"¹³, fuera del cuerpo.

En último término lo que ha aparecido es una nueva conciencia de que misión y cuerpo legítimamente reclaman su origen en la misma y única voluntad indivisible de Aquel que consagra y envía en el mismo acto, "une y congrega recíprocamente... para el mayor fruto de las Almas". Esta es la gran sorpresa, el fundamental hallazgo, de aquel grupo de deliberantes: su conciencia de con-vocados, de hombres llamados por el Señor para una "pertenencia" mutua, que les proyecta juntos y más fuertes a una misión misma y única: "pues también la misma virtud unida tiene mayor vigor y forta-

⁷ Const. 812

⁸ P. Gz. de Cámara, Memorial

⁹ Memorial 137

¹⁰ Autobiografía 71

¹¹ MHSI Fontes narrativi II, 252

¹² Deliberationes primorum PP. 3

¹³ ibid. 1

leza para ejecutar cualesquiera empresas arduas".¹⁴

Esta unión y congregación "recíproca" se realizará reduciéndonos a un cuerpo, teniendo cuidado unos de otros, "manteniendo inteligencia" y finalmente con "dar la obediencia a alguno de nosotros"¹⁵. Es decir, la transparencia y confianza mutuas, el servicio mutuo, la obediencia mutua, van a ser las tres dimensiones que constituyen en lo más profundo de la persona la "pertenencia" viva de aquellos hombres a esa nueva realidad que es la Compañía.

5. Evidentemente no se trata de un recurso involucionista, uno de esos procesos que los sociólogos estudian en la formación y evolución de muchos grupos humanos que surgen cogidos por una dinámica clasista que les lleva a cerrar filas sobre sus propios intereses y a eliminar por superación o por exclusión a los que se oponen a ellos: "que nada afirmemos por nuestro capricho y propio espíritu"¹⁶, pusieron como condición aquellos hombres.

La nueva comunidad nace con la conciencia de que no se debe a sí misma ni en su origen ni en su destino. Por eso es constitutiva en ella la apertura al Dios que la sigue haciendo porque sigue convocando, y a los hombres para cuya salvación Dios la hace crecer cada día, como la semilla evangélica.¹⁷ La comunión en "un mismo propósito e intención", hoy diríamos en una misma "opción fundamental", (que en último término es Jesucristo, y la causa de Jesucristo en la historia concreta de cada día, bajo su Vicario...) no la permitirá replegarse sobre sí misma. Tal vez el más estupendo servicio de Ignacio luego, una vez hecho General, haya sido el proyectarla de modo que puede resistir la inevitable tentación de este repliegue.

6. No nos consta si Ignacio fue sorprendido por el resultado de esta fundamental deliberación, aunque él era un hombre habituado ya a sorpresas, más aún, vivía de la continua sorpresa de Dios, de su voluntad activa, en cada momento. Más bien habría que pensar que no le sorprendió, pues, entre otras cosas, ya en Loyola (1535) había hablado con su sobrino "de la Compañía que espera-

ba".¹⁸ Pero en todo caso para él este nuevo grupo constituido como tal, esta Compañía que espera el respaldo del Vicario de Jesús, es un nuevo capítulo de su existencia, y comienza a proyectarse sobre ella en una relación de "pertenencia" entera, que es importante contemplar. Ignacio entra gozoso en el grupo que acaba de encontrar su propia identidad, se diluye en él con toda su persona, aportando toda su transparencia, pronto a servir en lo que sea clara voluntad para ser gobernado que para gobernar".¹⁹

Pronto llegará la primera prueba y la primera medida de esta su pertenencia, de este su amor a la recién nacida Compañía, cuando ésta le elija como General. Sus insistentes resistencias a aceptar el cargo, hasta que le es sugerido que "parecía resistir al Espíritu Santo",²⁰ ponen en evidencia cómo entiende él la pertenencia a esta nueva comunidad a la que él ha aportado todo lo que tiene y es y que para él es ya una nueva y altísima mediación precisamente para lo que él más pretendía "para mejor y más exactamente poder ejecutar nuestros primeros deseos de cumplir en todo la voluntad divina".²¹ Con una sinceridad y transparencia que impresiona, y que es la primera dimensión de su pertenencia, se autorretrata ante sus compañeros hablándoles "según que su ánima sentía"²² pidiéndoles que agoten y pongan en juego, para mayor "claridad en la cosa", todos los recursos de búsqueda de la voluntad de Dios. Su aceptación final, sobria asumiendo toda la repugnancia que no les había ocultado, que le duraría toda la vida y que manifestaría frecuentemente, sirve para subrayar la importancia que da Ignacio a ese nuevo cuerpo del que prefiere ser miembro, no cabeza, y al protagonismo que le concede para disponer enteramente sobre su propia existencia. Es el segundo rasgo de su pertenencia. Y finalmente, desde aquel momento, su vida no tendrá otro sentido que el servir a la Compañía, —y vive para ello día, y noche—, en el servicio que en aquellos primeros pasos es más urgente: "... aunque indignísimo, he procurado, mediante la gracia divina, de poner fundamentos firmes a esta Compañía de Jesús la

cual hemos así intitulado y por el Papa aprobado".²³

7. Y así resulta, testimonialmente, que el primer fundamento que Ignacio pone es el de su propia obediencia a esta Compañía, que le nombra General "por inducción e imposición", como él escribirá 10 años más tarde, cuando pida a la Compañía un nuevo control y revisión de la elección que había hecho.²⁴ Y esa misma obediencia la manifiesta escribiendo a Bobadilla (contestador oficial de aquella primera Compañía) cuando le afirma que "siendo contenta la Compañía o la media parte de ella", está dispuesto "de mucha buena voluntad y con mucho gozo de mi ánima" a dar su voto a él o a cualquiera otro... "Y así en todo y por todo deponiendo todo mi poco juicio, siempre tengo y espero tener por mucho mejor lo que vos mismo y la Compañía, o parte de ella, según que está declarado determinare..."²⁵ Porque para Ignacio la Compañía de Jesús no es sólo un cuerpo a regir. Es también una mediación del Señor por la que ser regido.

Desde esta perspectiva hay que entender también la apertura con que vive abierto y atento a los hombres concretos de la Compañía. Cuando requiere de ellos información frecuente y pormenorizada, no es por curiosidad o por control informativo, —recurso de un gobierno autoritario—, sino por atención y escucha a lo que la Compañía vive, porque siente que a través de esta vida le orienta el Espíritu, como ha-

¹⁴ *ibid.*, 3

¹⁵ *ibid.*, 8

¹⁶ *ibid.*, 3

¹⁷ Mc 4, 26 27

¹⁸ Carta a Beltrán de Loyola, 24 sept. 1539

¹⁹ Forma de la Compañía y oblación, MHSI Fontes narrativi I, 15, 4

²⁰ *ibid.*, 7

²¹ Deliberaciones... 8

²² Forma de la Compañía y Oblación, 4

²³ Carta a Beltrán de Loyola, 24 sept. 1539

²⁴ Carta a los PP. congregados en Roma, 30 enero 1551

²⁵ Carta a P. Nicolás de Bobadilla, Roma 1553

ce escribir a Polanco: "Lo que nuestro Padre desea saber es todo aquello (en cuanto se podrá) que conviene sepa para más ayudar y mejor satisfacer el cargo que Dios Nuestro Señor le ha dado".²⁶

Ignacio, pues, sirve y ama a la Compañía viviendo pendiente de ella, no como quien defiende una entidad abstracta o jurídica en la que le va personalmente mucho, sino como quien se mueve responsablemente en lo profundo de una comunidad humana con la que comparte un propósito común, que hay que replantear entre todos constantemente en lo concreto de la historia y de la geografía humana de cada tiempo.

8. Un segundo "fundamento firme" que pone Ignacio a la Compañía es el de transferir al cuerpo de ésta su propia agilidad y disponibilidad personal. No pretende perpetuar una institución a base de solidificarla en leyes cerradas, sino desatar una dinámica, la de la caridad que el Espíritu "escribe e imprime en los corazones"²⁷, una dinámica que supone que el cuerpo se deja "mover y poseer de la potente mano del autor de todo bien",²⁸ se pone en condiciones de "ser llevado", como él.

Amar, pues, a la Compañía, pertenecer a ella por entero es para Ignacio aportar la propia docilidad al Espíritu de Dios que actúa en ella, contribuir creativamente a esta acción del Espíritu y dar cuerpo a su personal docilidad encarnándola en la libertad de la obediencia: "ningún ejercicio tengo por más oportuno ni por más necesario para el bien común de la Compañía, que éste del obedecer mucho y bien".²⁹

Su preocupación por verificar cuidadosamente la autenticidad vocacional de los candidatos, de los nuevos con-vocados, y su insistencia en no admitir sino a hombres capaces de esta obediencia, muy mortificados, es decir, muy liberados por el Señor, no es atribuible a resabios de elitismo o clasismo, sino a convencimiento experimental de que sólo tales hombres, evangélicamente "pequeños", son libres para "ser llevados" por el Señor, para "en todo y por todo hacer la voluntad de Dios Nuestro Señor".³⁰

Tales hombres, —y la Compañía ha tenido y tiene muchos de ellos—, no envejecen nunca, son contagiosamente jóvenes, y sus obras tienen la perennidad que proviene no de la fijación y la seguridad, sino de la vida y del riesgo. Son también hombres abiertos a la vida que portan los demás, capaces, por ello, de "confirmar y establecer más la unión y congregación", porque se han hecho más aptos para descubrir en el otro un "con-vocado" por el mismo Señor para la misma misión, y para ver en él, desde una perspectiva de fe, una presencia activa de ese Señor "a quien cada uno debe reconocer en el otro como en su imagen",³¹ alguien a quien se pertenece y se debe uno por voluntad del Señor.

9. Mil gestos ignacianos que recuerdan sus contemporáneos y que se pueden espigar en sus escritos, con los que Ignacio muestra su amor a la Compañía concreta, —algunos de los cuales se han hecho proverbiales—, tienen su raíz en esta honda comprensión de su pertenencia a la Compañía; la sensibilidad para los más mínimos problemas personales de sus compañeros, el gozo de las buenas noticias de la Compañía, el sufrimiento por cuanto queda dañarla ("si quiere Vuestra Reverencia ser miembro de esta Compañía es necesario que se duela del daño de todo el cuerpo de ella"³²), la alegría por lo que Dios hace sirviéndose "de instrumentos de suyo debilísimos, pero movidos de la santa obediencia",³³ la movilización que pone en juego cuando ha sido tocada la fama de la Compañía, su consigna a los que envía de "sentir bien" de la Compañía y "procurar la buena fama y olor de la Compañía... en buscar buenos sujetos para ella",³⁴ y tantos y tantos otros gestos, demuestran en lo continuo de cada día que pertenecer a esta comunidad humana que sigue siendo instituida no con medios humanos sino con la mano omnipotente de Dios Nuestro Señor.³⁵

10. Pues bien, la pregunta inicial que nos ha llevado a ver muy someramente a Ignacio ante la Compañía que se iba haciendo delante de sus ojos y entre sus manos, la podemos volver aquí y hoy sobre nosotros

mismos, que con humildad nos decimos aquellos que San Ignacio llama "nuestros sucesores, si Dios quiere que tengamos imitadores que nos sigan en este camino".³⁶ ¿Cómo sentimos, cómo sienten nuestros hermanos hoy, la Compañía? ¿Qué significa para nosotros y para ellos, en concreto, pertenecer a ella hoy?

Pienso que de alguna manera nos toca algo así como desandar hacia atrás la experiencia de Ignacio. A saber, de una institución ya constituida y, por supuesto, sin pretender deshacerla, rehacer aquel primer momento, revivir aquella primera caridad, que les hace sentirse perteneciendo "recíprocamente", redescubrir de modo casi tangible como ellos que pertenecer a la Compañía no es dar el nombre a una institución humana protectora, ni aun comprometiéndose a aceptar unas reglas de juego y de acción, ni sólo disponerse a conspirar a un objetivo común compartido, como lo declaró la Congregación General 31, sino también, como ha madurado la 32, poner a disposición de todos los demás convocados "lo que uno tiene y es",³⁷ y acoger lo que los demás convocados tienen y son. Tomar conciencia cada vez más profunda del proyecto de Dios uniéndonos y convocándonos recíprocamente, para concluir con nueva fuerza que no debemos "deshacer la unión y congregación que Dios había hecho, sino antes confirmarla y establecerla más reduciéndonos a un cuerpo, teniendo cuidado unos de otros y manteniendo inteligencia para el mayor fruto de las almas". Sencillamente porque lo

²⁶ Carta a Polanco al P. Urbano Fernández, 1 junio 1551

²⁷ Const. 134

²⁸ Carta al P. Diego Mirón 17 de diciembre 1552

²⁹ Carta a los jesuitas de Gandía, 29 de julio 1547

³⁰ Deliberaciones... 4

³¹ Consti. 250

³² Carta al P. Andrés Galvanello, 16 diciembre 1553

³³ Carta a Juan B. de Fermo, 6 junio 1556.

³⁴ A los PP que se envían a ministerios, 8 octubre 1552

³⁵ Const. 812

³⁶ Formula Instituti 6

³⁷ C. G. 32, dto. 2o., 18

quiere El y porque lo esperan muchos que sólo por esta "unión y congregación" podrán ser salvados.

Esta convicción fundamental comporta una conciencia nueva, dinámica, de nuestro "entrar" en esta Compañía, que no puede reducirse a un momento (una fecha que consta en el catálogo y que se evoca a los 50 años) y a un acto, el de los votos, por el que somos constituidos miembros. Como si luego no quedase otra preocupación que "estar en esta Compañía", conservar y defender este "status". Si la pertenencia ha de ser algo vivo, una actitud permanente de cada jesuita, un deseo consciente, claro, libre y gozoso, de meterse en la dinámica permanente del Dios que nos con-voca todos los días, un deseo de vivir hasta el fondo esa "reciprocidad", que El funda y quiere, y de hacer responsablemente Compañía de Jesús todos los días.

Por eso pertenecer a esta Compañía es, en lo concreto, aportar responsablemente al grupo de hombres que la forman mi propia existencia personal en servicio, transparencia, disponibilidad para la misión que busco y hago con ellos. Y, naturalmente, acoger la existencia que los demás aportan. A este doble proceso de entregar y aceptar la mutua existencia que de llegar nuestra pertenencia a la Compañía si queremos que sea algo más que un compromiso jurídico sancionado por unas leyes. Porque la verdadera pertenencia a la Compañía, como la pertenencia a la Iglesia, es profundamente vital y realista, como lo es la fe misma que la alimenta, y vincula a hombres concretos, que buscan y tropiezan y aciertan, como busca, tropieza y acierta uno mismo, cuyos medios y métodos a lo mejor no acierto a comprender, pero de cuya "misma intención y voluntad de buscar la beneplácita voluntad de Dios según el blanco de nuestra vocación", tengo constancia.³⁸

11. Sólo situados en esta perspectiva nos sentiremos capaces de avoradar el tema de todas nuestras diversidades a otros niveles. Que es un tema que debemos tener el valor de abordar desde el "vínculo de la fraterna caridad".³⁹ Cuando se conoce

cómo es, cómo piensa, cómo vive el otro "una misma intención de buscar la beneplácita y perfecta voluntad de Dios", el diálogo sobre cosas, situaciones, métodos, decisiones... que realicen esa voluntad es más fácil, o menos difícil. Y hasta se concibe y llega a querer la riqueza de esta diversidad. Más aún, se podría formular así el principio por el que el propio Ignacio se rigió: la capacidad de pluralismo de la Compañía es proporcional al sentido de pertenencia al cuerpo tal y como lo venimos esbozando.⁴⁰

12. Esta pertenencia, hecha de transparencia mutua, de servicio, de obediencia, admite en lo concreto de la vida infinitas expresiones: —es dolerle a uno como propio el pecado y el error, individual o colectivo, de la Compañía;— es vivir con gozo y con agradecimiento las realizaciones, antiguas y nuevas, y los intentos actuales de la Compañía, aun los que luego se quedan en meros deseos porque, como Ignacio, y mucho más que él, somos "puro entendimiento"; —es recoger y venerar como regalo sagrado la santidad y la espiritualidad de nuestros hombres, los antiguos y los actuales, y no despreciarla ni malbaratarla; —es comprender los excesos de los audaces y los de los tímidos, —es asumir esta historia concreta de la Compañía de Jesús no como algo ajeno, que se contempla desde fuera, sino metiéndose en ella, haciéndola y sufriendola, porque el "propósito" común, la opción común, son una fuerza histórica y para la historia, para esta historia concreta en la que ya se inicia el Reino...

Desde esta pertenencia es fácil, y es gozoso "sentir bien" de la Compañía, y el "hablar bien" de ella se hace una necesidad y no tienen que ser pedido a nadie por obediencia.

Termino. Muchas cosas podríamos comentar en este momento y cuesta poner fin a este tema, que estoy seguro nos va desbordando "ex abundantia cordis". Pero escuchando en el Evangelio ese examen de identidad, que Jesucristo hace a sus discípulos, se me ocurría trasponer a nuestra Compañía unas preguntas parecidas: ¿qué dicen los hombres que

es la Compañía de Jesús? Unos dicen que es una multinacional otros una sociedad en decadencia, unos una Orden que ha perdido su fuerza del pasado, su autocontrol, otros al revés que está realizando una ejemplar autocrítica y creando de su propio espíritu expresiones y realizaciones nuevas; unos que ha perdido su poder eclesial y humano y, por eso, la silencian, otros que precisamente ahora empieza a reencontrar sus auténticas dimensiones de servicio gratuito y en silencio, como corresponde a la mejor imagen que Ignacio tenía de ella...

Y vosotros ¿qué decís? También aquí la respuesta no nos la da la carne y la sangre, sino el Padre que está en lo alto. El es quien ha de revelarnos que su voluntad viva y activa, hoy como ayer y como mañana, está en el origen de esta "unión y congregación" convocándonos cada día, y está en la esencia de esa reciprocidad que nos debemos y que es el corazón de nuestra pertenencia a la Compañía... "para el mayor fruto de las almas".

El mapamundi de la Compañía hoy mismo es la más convincente revelación de esta verdad. Allí donde esta conciencia nuestra es más viva, por gracia del Señor, —gracias que a veces despierta con la cruz y la persecución de todas clases—, "Dios continúa haciéndola crecer cada día" y la Compañía crea respuestas nuevas a nuevos desafíos, da muy diversos testimonios de Aquel "cuyo nombre lleva ciertamente con poca modestia, pero también con una impresionante esperanza",⁴¹ incluso testimonios firmados con sangre bien reciente.

Esta impresionante esperanza que en El hemos de poner toda entera, como Ignacio, es la que nos mueve a contemplar hoy, en su fiesta, el buen hacer de esta Compañía en todas partes, pero especialmente en este continente en el que la semilla del Evangelio se está demostrando extraordinariamente feraz.

³⁸ Deliberaciones... 1

³⁹ Const. 250

⁴⁰ Const. 624

⁴¹ Karl Rahner, Anuario S.J. 1976, pg. 33

En este gozo nos unimos de nuevo a Ignacio,— y con sus propias palabras terminamos—, que escribía así a Pedro Canisio:⁴²

“Este es mi gozo en Cristo Jesús: ver el nombre del Señor, ver a Jesucristo manifestándose a todos los de su Iglesia en virtud de su sangre y cómo en muchísimos fructifica y crece. Demos gracias a Dios por la inefable misericordia y piedad con que nos colma por la eficacia de su glorioso nombre. Muchas veces me conmuevo cuando oigo y en parte veo con los ojos, así de vos como de otros llamados a nuestra Compañía en Cristo Jesús.

Tened, pues, buen ánimo y consolaos en Dios ‘y en el poder de su fuerza’, que es Cristo Jesús, Señor y Dios nuestro. De su propia voluntad, ‘por nuestros pecados murió’, y sin duda ‘fue resucitado por nuestra justificación’. De modo que ‘con él nos resucitó y juntamente nos sentó en los cielos’, en Dios.

Conoced, examinad la vocación a que fuisteis llamados ‘en virtud de la gracia que (te) fue dada’ en Cristo, ejercedla, insistid, con ella negociad, que no permanezca en vos ociosa, nunca la resistáis, ‘porque Dios es el que obra en vosotros así el querer como el obrar, en virtud de su bene-

plácito’, que es en sí y por sí infinita y super gloriosa e inefable por Cristo Jesús. ‘Te dará el Señor inteligencia en todo’ y fortaleza, a fin de que el nombre del Señor, en esperanza de mejor vida, por vuestro medio en muchísimos fructifique y sea ilustrado” ■

Así sea.

Pedro Arrupe S.I.
General de la Compañía de Jesús

⁴² Carta al P. Pedro Canisio, 2 junio 1546.

INTA

Secretaría de Estado de Agricultura y Ganadería de la Nación
INSTITUTO NACIONAL DE TECNOLOGÍA AGROPECUARIA

Más de 20 años creando,
adaptando y transfiriendo
tecnología para el productor
agropecuario.



EDICIONES UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

Publicaciones

- Razón y Encarnación - Dr. Agustín de la Riega
- Oncología Clínica - Dres. Estevez, Alvarez y Chacón
- Informe del Comité Científico Internacional del XII congreso internacional del Cáncer.
- Evolución del Concepto del átomo y Evolución del concepto espacio - tiempo. Dr. O. Zandrón
- El Estado y la Realidad Histórica. Dr. Pellet Lastra
- Mensajes Puebla' 79 - todos los discursos de su excelencia Juan Pablo II
- Filosofía Económica - Dr. Márquez Miranda
- Documentos de trabajo de Teología de las FAUC
- Actas de Musicoterapia
- Estimación de la Radiación solar - Ing. M. García
- Colectores planos - Ing. A. Rapollini y Linc. A. Fabis
- Actas del Congreso de Psicopedagogía
- Estadística en ciencias de la conducta - Dr. Bacman
- Qué es la ciencia - R.P. Quiles

LIBRERIAS

Hipólito Yrigoyen 2441
Callao 853
Rodriguez Peña 653

DESCUENTOS ESPECIALES